

## LA PRIMERA VERSION DEL POEMA «CAMPOS DE SORIA», DE ANTONIO MACHADO

En los primeros meses del año 1912, año crucial —en lo humano y en lo literario— para Antonio Machado, un periódico de Madrid, *La Tribuna*, dio cabida dentro de sus páginas a una primera versión del poema «Campos de Soria», que el poeta incluyó poco después en su libro *Campos de Castilla*. Era la época de la enfermedad de su esposa, Leonor, que había de morir en agosto del mismo año. Miguel Pérez Ferrero se refiere a las inquietudes del poeta, que coartaban su inspiración, y escribe: «En lo que va de año apenas si ha publicado algo en «La Tribuna», diario de reciente fundación en Madrid».

La versión que damos a conocer ahora no ha sido recogida por Oreste Macrí en su edición de las *Poesías de Antonio Machado* obra de valor fundamental para el estudio de la obra machadiana y cuyas ediciones primera y segunda me ha tocado reseñar. Tampoco en la tercera y, por el momento, última edición, de 1969, aparece citada la versión que comentamos y, mucho menos, recogidas sus variantes.

El extenso poema «Campos de Soria», con sus nueve partes, es evidentemente una de las composiciones fundamentales del primer *Campos de Castilla*, que finalizaba con «La tierra de Alvargonzález» (CXIV, de *Poesías completas*) y en el que faltaban los poemas del CI al CVI, que el poeta incluyó cinco años después, en la primera edición de *Poesías completas*, de 1917. No figuraban, pues, todavía esos poemas de extraña profundidad que son «Orillas del Duero», «El Dios ibero» o «Las encinas».

Dentro del núcleo primitivo de 1912, y al lado de «Campos de Soria», los poemas esenciales son, sin duda alguna, «A orillas del Duero» (núm. XCVIII de *Poesías completas*), «Por tierras de España» (XCIX) y «La tierra de Alvargonzález» (CXIV), dejando aparte el «Retrato» inicial, de muy diferente significación. Utilizando términos unamunianos, podríamos decir que los dos primeros conllevan un tema de paisaje y otro de paisanaje, y el último, en principio, un tema de

envidia campesina. Frente a ellos, «Campos de Soria» simboliza el amor, un tanto franciscano, hacia la tierra soriana que, de tierra por donde pasa la *sombra de Caín*, en poética denuncia, se alza a *mística* y *guerrera*, amada por el corazón del poeta. Son dos polaridades, cuya síntesis parece apuntarse en el último de los poemas citados, «La tierra de Alvargonzález», en que están presentes el tema de denuncia («mucha sangre de Caín tiene la gente labriega») y el tema del amor («tierras pobres, tierras tristes, / tan tristes que tienen alma»), aunque este último tema aparezca muy débilmente y en versos que Machado añadió en el último momento.

«Campos de Soria» se publicó en el número 29 de *La Tribuna*, Madrid, 2 de marzo de 1912, y en su página segunda. Esta primera versión contiene sólo las seis primeras partes de las nueve que componen actualmente el largo poema. Pero, además, entre la 5.<sup>a</sup> y la 6.<sup>a</sup>, se incluye un poemita, el CXI de *Poesías completas*, que fue después segregado del conjunto por el poeta. Como este poemilla constituía un pequeño enigma, por lo que después diremos, respecto a su localización geográfica, su inclusión aquí, en «Campos de Soria», resulta reveladora.

Pero el poema, en esta versión de *La Tribuna*, se titula no «Campos de Soria», como en su versión definitiva, sino «*Tierras de Soria*». Advirtamos, en principio, ese gusto de Antonio Machado por la palabra *tierra*. Si repasamos los títulos de otras poesías, encontramos «Por tierras del Duero» —rectificado después en «Por tierras de España»— y «La tierra de Alvargonzález», a los que se sumó también, como vemos, «*Tierras de Soria*». En mi recuento de sustantivos de Antonio Machado, *tierra* aparece en 22 composiciones de *Soledades, Galerías y otros poemas* y en 45 de *Campos de Castilla*, en su extensión actual de *Poesías completas*. En cambio, *campo* sólo en 18 poemas de *Soledades* y en 33 de *Campos de Castilla*. No vamos a entrar aquí en ningún estudio semántico, que necesitaría abundante ejemplificación. Pero notemos que, en relación con *tierra* y siempre con menor utilización, la palabra *campos* se acerca más a la frecuencia de aquella en *Soledades, Galerías y otros poemas*, mientras decae en *Campos de Castilla*. Sin embargo, si comparamos las dos ediciones de *Campos de Castilla*, la primitiva de 1912 y la ampliada de 1917 en *Poesías completas*, *campos* vuelve a ganar en frecuencia, aunque sea escasamente. Se da, pues, un fenómeno de ida y vuelta, en relación con los intereses poéticos de las distintas épocas de producción del escritor. Pero, incluso en este momento, que va de 1908 —aparición del primer poema que podemos fechar, «Fantasía iconográfica»— y 1912, fecha de la publicación del libro, da la impresión

de que en el estado naciente de la creación, en lo que pudiéramos llamar la obra en bruto, a Antonio Machado se le ofrece a la mente la palabra *tierra*, que —unas veces— rectifica secundariamente en *campos*, pero que otras mantiene tenazmente, en su voluntad de estilo.

El cambio de título está determinado, por otra parte, por la analogía con el título general del libro, *Campos de Castilla*, título que, como es sabido, procede de su primer poema afectivo, «A orillas del Duero» (XCVIII de P. C.) que tuvo ese encabezamiento en su primera aparición en *La Lectura*, 1910. Si tenemos en cuenta esa particularidad y, además, el paralelismo de titulación de los dos poemas —«Campos de Castilla» y «Campos de Soria—, podemos intuir veladamente que Antonio Machado quiso ponerlos en correlación. En ambos hay una visión de Soria, muy particularizada en el primero, con su aspecto material de apuntes y meditaciones de un paseo hasta la altura de la loma del Castillo —como puede deducir fácilmente quien se haya acercado a Soria— y no menos concreta, salvo en su parte final, en el segundo. Pero las reflexiones incluidas en «A orillas del Duero», extendidas a cuan ancha es Castilla y el tono indicado de denuncia, contrastan con la restricción localista y el tono del amor. Soria sirve, en el primer caso, de palanca —y no académica: geográfica y popular— de la visión de Castilla de Antonio Machado y, en el segundo, de objeto de efusión amorosa. Extensión, pues, y restricción. Soria, sin dejar de formar parte de la visión general castellana queda, de alguna forma, exceptuada por obra del amor. Advirtamos, de nuevo, un fenómeno de retorno: ese tono del amor estaba ya presente en el primer poema machadiano dedicado a Soria, el IX de *Soledades, Galerías y otros poemas*, de 1907, el que empieza «Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario».

«Campos de Soria» presenta hoy, en su versión definitiva, tres partes que pueden distinguirse claramente. La parte central, «Soria fría, Soria pura...», señala la divisoria entre las otras dos, la primera de las cuales constituye una pintura impresionista de las estaciones del año en tierra soriana, y la última, una efusión lírica del poeta hacia Soria, su paisaje y su gente. Es, precisamente, esta última parte, la que falta en esta primera versión que comentamos.

La parte primera está subdividida en otras cinco partes que, temáticamente, presentan la primavera, el otoño y el invierno. Estos dos

últimos ocupan sólo las partes IV y V. En cuanto a la primera, la primaveral, se le concede mucha mayor atención. Es sabido que en Soria primavera-verano son términos casi parejos: «En la estepa del alto Duero / primavera tarda», dirá Antonio Machado en el poema «A José María Palacio». El tema primaveral es, además, una de las preferencias del poeta, uniendo los datos de *Soledades, Galerías y otros poemas* con los de *Campos de Castilla*, la voz *primavera* aparece 25 veces, frente a las otras estaciones, que dan las cifras siguientes: 15 para el complejo verano-estío, 12 para otoño y 7 para invierno. Los adjetivos correspondientes apenas añaden nada nuevo: primaveral, estival, otoñal e invernal conllevan frecuencias mínimas: 1, 1, 3, 2. Ya Geoffrey Ribbans, al estudiar la influencia de Verlaine en A. M. había advertido la preferencia de éste hacia el momento primaveral.

A la primavera se le dedican las tres primeras partes del poema, expresada claramente por las menciones «al empezar abril» (parte I), «las hojas nuevas» (parte II) y, probablemente, la parte III, en que los «montes de violeta» tienen aún «las cumbres de nieve sonrosada». Pero ya hemos indicado que en Soria el verano sigue casi sin transición a la breve aparición de la primavera. Los montes —según las circunstancias climáticas— se desnudan más o menos tardíamente de su manto de nieve.

No vamos a analizar cada una de estas partes. Baste decir que la mirada del poeta —sin duda alguna desde la altura del Castillo— va replegándose, desde la lejanía del paisaje de sierras y colinas, a la visión próxima de prados y tierras de labor a orillas del Duero, para acercarse a los caminantes que vuelven a sus casas al caer de la tarde. El proceso de acercamiento visual prosigue en la descripción pormenorizada del campo en el otoño (bueyes, el labrador y su mujer, la cuna del niño pendiente del yugo) y, más aún, en la escena de interior —junto al hogar y la olla— del invierno, con los viejos padres del arriero muerto y la niña que sueña con la llegada de la primavera mientras, al exterior, cae la nieve.

Las variantes son escasas en estos primeros cinco poemas, excepción hecha del inicial, el que comienza «Es la tierra de Soria árida y fría». El segundo verso, «por las *colinas* y las *sierras* calvas», que hoy presenta ese esquema de paralelismo no progresivo en su par de sinónimos, era, en la versión de *La Tribuna*, de tipo antitético, «*las estepas* y las *lomas*», en un afán de totalidad espacial progresiva. Los acentos del endecasílabo han continuado en los mismos lugares; los versos son, pues, métricamente equivalentes. Sólo podríamos notar una mayor variación en el color vocálico. Desde el punto de vista significativo, probablemente Machado pensaba en *lomas calvas*, pero no en

*estepas calvas*, con ese adjetivo que Machado nunca empleó para la llanura y sí sólo con palabras como *sierras*, *serrezuelas*, *lomas*, *roqueadas*, según mi cómputo de adjetivos. Ahora, el adjetivo, en la lectura definitiva, modifica por igual a *colinas* y a *sierras*, en un apretado sintagma, «las colinas y las sierras calvas». Además, la visión que Antonio Machado tenía del paisaje real le hacía sentir *colinas* y *sierras* (en mención gradual, de proporción de alturas) más de acuerdo con el lienzo de paisaje vivido en la experiencia.

Nuevas variantes hay en los versos 8 y 9, que en la versión primeriza eran «al *expirar* abril están nevadas / las crestas de los *agrios serrijones*» y que hoy se leen «al *empezar* abril está nevada / la espalda del Moncayo». Ahora, el afán de realidad, la mimesis pura cede ante la formulación poética. La primera versión muestra significativamente la situación real, la tardanza de la llegada de la primavera —«al *expirar* abril»— y se demora expresivamente en «las crestas de los *agrios serrijones*», que constituye uno de esos versos llenos de durezas en que A. M. puso su complacencia más de una vez. Pero, en su redacción secundaria, el poeta prefirió una mayor apertura a la connotación estilística. Al duro invierno reflejado por la primera versión, Machado substituyó una primavera más amable, con la sugerencia contenida en «al *empezar* abril», que excluía, además, la otra cara —omínoza— de la palabra *expirar*; y todas las *rr* de los *serrijones* fueron reemplazadas por una mención más apretada y concreta, más válida poéticamente, en «la espalda del Moncayo», con esa voz *espalda* en que, aparte del efecto de personificación, se oía un subvocablo, *falda* —tal como quería Valle-Inclán—, convocado por el automatismo de la lengua.

Advirtamos que, hasta este poema «Tierras de Soria», Machado había evitado cuidadosamente las menciones de sabor geográfico. El mismo Moncayo aparece aludido en el primer poema de *Campos de Castilla* (XCVIII) en la expresión «Yo divisaba a lo lejos un monte alto y agudo», sin citar su nombre, y así ha permanecido, desde 1910, fecha de su primera publicación. Pues los cuatro famosos versos (19 a 22) «las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero / para formar la corva ballesta de un arquero / en torno a Soria —Soria es una barbacana / hacia Aragón, que tiene la torre castellana—», son posteriores en fecha y añadidos a la versión de 1910 en el libro, *Campos de Castilla*, de 1912. El poema XCVIII no contenía, así, otras menciones geográficas que las muy amplias del Duero, Castilla, Iberia o España, de acuerdo con su intención impersonal de callar la singularidad geográfica para elevarla a símbolo general de Castilla y, a ésta, de España entera. Los poemas siguientes tampoco introducen menciones geográficas directas, salvo, otra vez, en el título «Por tie-

rras del *Duero*». Los poemas que siguen (CVII a CXII) no contienen ningún indicio de localización, aunque los sintamos también sorianos (y podríamos apoyarlo, sólo con establecer un «Machado concordado», con los motivos reiterados en unos poemas y otros). Tan sólo al llegar a «Campos de Soria», coincidiendo con una diferente actitud mental del poeta, advertimos la apertura a la localización geográfica, incluso en esa primera versión de *La Tribuna*. *Soria* se repite cinco veces dentro de los versos; el lema de la ciudad, «Soria pura, cabeza de Extremadura», pasa a informar llanamente una de sus partes; el edificio de la Audiencia soriana entra sin rebozo en la composición. Y este proceso será mucho más notorio cuando, en la edición de 1912, se añadan otras concreciones de lugar en la versión más amplia del mismo «Campos de Soria» con San Poló y San Saturio, los dos edificios religiosos de la otra margen del Duero.

También en los versos 11 y 12 hay variantes; pero es una simple permutación de adjetivos, en función de mimesis de lo real: los caminantes y los pastores, que aparecían *cubiertos* por sus bufandas y *envueltos* en sus capas, pasan, de manera más apropiada, a entrar *envueltos* en sus bufandas y *cubiertos* con sus capas.

Las otras partes, II a V, apenas tienen otras variantes que las acostumbradas, de cambios de puntuación, supresión o adición de la conjunción *y*, y algunas menciones (*violas, undulado*, vv. 24 y 25) que pasaron a la edición de 1912 y que A. M. sólo rectificó más tarde, en ediciones sucesivas (*violetas, ondulado*). Sólo un verso, el 30, «que el lienzo de oro de la tarde manchan», pasó a «el lienzo de oro del ocaso», sin duda con mayor poder de sonoridad o instrumentación verbal, con un mayor color vocálico.

Pero queda tratar del poema intercalado, que aparecía con el número VI dentro de esta primera versión. Es un poema corto, pero muy significativo, que recuerda otros de *Soledades, Galerías* y otros poemas. Sólo que el probable color sevillano de aquéllos está ahora sustituido por el tono castellano. La actitud espiritual del poeta es semejante:

*Es una hermosa noche de verano.  
Tienen las altas casas  
abiertos los balcones  
del viejo pueblo a la anchurosa plaza.  
En el amplio rectángulo desierto,  
bancos de piedra, evónimos y acacias,  
simétricos dibujan  
sus negras sombras en la arena blanca.*

*En el cenit, la luna y, en la torre,  
la esfera del reloj iluminada.  
Yo, en este viejo pueblo, paseando  
solo, como un fantasma.*

El tema de la soledad amorosa, paseando el poeta entre las calles, aparece también en otros poemas de *Soledades*. El final del poemilla estaba preludiado en «malvestido y triste / voy caminando por la calle vieja» (LXXII) o en el «pesa y duele el corazón» del poema XV, en que se añade el motivo del eco en la calle de los pasos del poeta (XV, LIV). Las dudas acerca del pasaje castellano descrito resultan aclaradas por su inclusión en «Tierras de Soria».

\*

El poema más modificado es el que empieza «Soria fría, Soria pura...» (VII en *La Tribuna* y VI en *Campos de Castilla*). En primer lugar, se iniciaba con cuatro versos que Machado eliminó, seguramente con muy buen acuerdo. Decían:

*Soria, mística y guerrera,  
de vieja estirpe cristiana,  
fue hacia Aragón barbacana  
de Castilla en la frontera.*

Restos de estos versos aparecen hoy en la continuación del poema, donde se lee «tardes de Soria, mística y guerrera» (v. 106, VII) o bien en «que a Dios guardáls como cristianas viejas» v. 142). En cuanto a la conocida metáfora que presenta a Soria como «barbacana hacia Aragón», no es posible decidir si procede de estos versos suprimidos o no; pero sí que esta imagen y la del poema XCVIII fueron formuladas en una fecha semejante.

Las otras variantes ocurren en los vv. 81, 86, 87 y 96 de la versión actual de *Poesías completas*. Sustituyen el «castillo roquero» inicial, propia de una visión realista, por «castillo guerrero» (v. 81) y, por influjo de esta corrección, los «señores / guerreros y cazadores», —primera intuición machadiana, de sentido pleno— por «señores / soldados o cazadores», sin duda inferior intuitivamente, pero algo más cerca de la realidad actual que los *señores guerreros* del pasado histórico. La palabra *portones*, del v. 87, también de tipo realista, fue sustituida por *portales*, con un resultado semejante al cambio mencionado de «castillo roquero» por «castillo guerrero».

Pero, los efectos más característicos, que modificaron fuertemente la tonalidad del poema, se encuentran en el conjunto de versos 81-83-84 y en el v. 96. La lectura inicial decía:

*Soria fría, Soria pura,  
cabeza de Extremadura,  
con tu castillo guerrero  
arruinado, sobre el Duero,  
con tus murallas roídas  
y tus casas denegridas,*

que convertía toda esta parte VI del poema en una invocación y las referencias a Soria en vocativos. El poeta modificó los posesivos de segunda persona en posesivos de tercera persona, y los vocativos —con su carga patética— quedaron en simples exclamaciones. El verso 96 colaboraba a la tensión dramática. La versión de *La Tribuna* decía:

*Soria fría. La campana  
de la Audiencia dio la una.*

El poeta hablaba con la ciudad, y se despedía de ella con la mención de lo avanzado de la hora. En el momento actual, el presente durativo «la campana / de la Audiencia *da* la una», contribuye a la nota melancólica y agria de la descripción de «la ciudad decrépita», que se dirá más adelante (v. 138).

\*

Nos resta una última consideración. ¿Qué diferencia existía entre la primera versión y la actual? La versión primitiva, con la inclusión del tema del andar solitario del poeta, entre una descripción de la tierra —siempre pobre, a despecho del cambio de estaciones— y, después, el motivo de la ciudad decrépita, al finalizar el poema, prestaban al conjunto una tonalidad de caída de la ilusión, de vacío, a tono con el carácter que fantasma que se asignaba el poeta. Es el tema del largo peregrinar —entre la naturaleza, las estaciones, las calles de la ciudad— en busca de una ilusión, que alumbra a veces para desvanecerse siempre, tema propio de la sección «Del camino» de *Soledades, Galerías y otros poemas*. Aquí el camino aparece sembrado, no de elementos simbólicos, sino de figuras e ingredientes del paisaje castellano. Se mantiene, soterradamente, el espíritu de denuncia; pero no dentro de una actitud distanciada, como en los poemas iniciales

de *Campos de Castilla*, sino más hermanada, incluyéndose el poeta como «fantasma», dentro de un entorno que apenas deja cauce a la ilusión.

La versión definitiva revela una actitud muy diferente. Los tres nuevos poemas añadidos modificarán sustancialmente la densidad del contenido poético. En el primero de ellos (VII: «Colinas plateadas...»), los motivos diseminados en las partes ya publicadas en *La Tribuna* son sometidos por el poeta a una rápida, cálida recolección, que da paso a la formulación de un tema nuevo, no aparecido hasta aquel momento en la obra de Antonio Machado: el tema de la tristeza como signo o argumento del amor. El poeta desamorado se enamora. El breve poema, concebido como una larga serie exclamativa en comunión de amor con la naturaleza, acaba con la reiteración anhelante y entrecortada de los versos iniciales. Tras de esa confesión amorosa, en el poema siguiente (VIII: «He vuelto a ver los álamos dorados...»), el poeta deja correr su ilusión, en amplia onda efusiva; pero la dispersión a toda la naturaleza va a concentrarse ahora en el paisaje sabido, en los «álamos del amor» del camino tantas veces recorrido, entre San Polo y San Saturio. El ritmo precipitado de estas dos partes se remansa en el poema final (IX: «¡Oh, sí, conmigo vais, campos de Soria...»), menos exclamativo: la agria realidad de la «ciudad decrepita», celada por el torrente de amor de los dos poemas anteriores, vuelve a reaparecer; en acto de conciencia, el poeta renueva su fe en la tierra pobre, en Soria y sus gentes, a las que desea la más ancha ventura.

Eliminado el tema del caminante cansado y tristón —que, como se ha dicho, pasó a otra parte del libro, segregado de «Campos de Soria»— concitando a todos los seres naturales en su llamada amorosa, apresurada y feliz, el poeta acabó lo que en principio era monótono andar vagabundo, similar —aunque más realista— al de otros de sus caminos de soledad, en un final orquestal en que las notas más puras están mantenidas por la presencia de la naturaleza y por la confesión amorosa, tema este último de vieja raigambre romántica —«tristeza que es amor»—, pero extrañamente matizado, entre amarga pobreza real y místico ensueño franciscano, en el decir creador del gran poeta de *Campos de Castilla*.

CARLOS BECEIRO

Av. Vicente Norter, 2  
VALLADOLID